

Don Fernando Santiván, valdiviano de adopción

I parte

Con motivo de cumplirse el 12 de julio, un aniversario más del fallecimiento de don Fernando Santiván, acaecido en 1973, quiero hacer este recuerdo de su personalidad y de su obra, como testimonio de gratitud por el medio siglo de su vida centenaria que dedicó a Valdivia.

En esta ocasión coincide el hecho con que Editorial Universitaria, en su Cincuentenario y en la Colección Premios Nacionales de Literatura hizo una edición especial de la obra máxima -entre las muchas obras de todos conocidas- de don Fernando, me refiero a: "Memorias de don Tolstoiano", con prólogo de Hugo Montes y que he tenido el honor de recibir como obsequio, delicadamente dedicado por las hijas del escritor, profesoras Rufina y Regina.

Mi gratitud por el honor que lo anterior significa se traduce, pues, en un repasar las lecturas de antaño, revivir la vida agitada y múltiple del autor en su autobiografía implícita en dichas memorias y sobre todo repasar y proyectar su pensamiento, tan rico en matices del idioma y tan profundo en contenido.

Ya en las obras completas publicadas por Editorial Zig-Zag en 1965 habla don Ricardo Latcham en el prólogo; destaca que don Fernando perteneció a la generación de 1900, hace un contraste entre su físico atlético y su voz suave y agrega que "en cuarenta años de labor literaria no cultivo la vanagloria en su arduo oficio"... "Recibió -dice- el impacto de su cuñado Augusto D'Halmar, ególatra e individualista notable de la época" y aún así, prevalecía en Santiván la modestia, como escudo de nobleza de su personalidad.

"Descendiente de españoles del norte -Santander, Torrelavega- saltaba en él la violencia y la soberbia, en ocasiones; pero luego venía el arrepentimiento. Había nacido en Arauco el 1º de julio de 1886, siendo su madre de familia aristocrática de Chillán. Y continúa Latcham: "no se adaptaba fácilmente y tenía tendencia al aislamiento; fue autodidacta, espontáneo, intuitivo y el arte -para él- era un oficio sagrado".

Digna Rodríguez Lamas.

Don Fernando Santiván, valdiviano de adopción

II parte

Todo lo escrito anteriormente se comprueba en la lectura renovada de memorias de un tolstoiano: su peregrinar por colegios, algunos de los cuales, como la Escuela de Artes y Oficios, dejó en él la huella del artesano; su nostalgia de no poder terminar sus estudios en el pedagógico. Su viajar por Chile y varias ciudades claves en su vida: Chillán, Arauco, Viña del Mar, Bulnes, Santiago, San Bernardo, donde se hizo la experiencia extraordinaria de su época: La colonia tolstoiana, que sacó chispas por lo insólito y original de los escritores jóvenes de su generación. En fin, sus amores, sus encuentros y desencuentros con D'Halmar.

La descripción del paisaje chileno y del paisaje interno de las emociones personales. La belleza de su pensamiento, la expresaremos en esta primera parte, en este aniversario de su muerte, en su propia reflexión ante la muerte: "La muerte es el olvido del pasado y del presente, suave transición de la consciencia a la inconsciencia, en cuyo arcano mueren odios y amores, recuerdos y esperanzas. Es terrible para los que viven, inocua para los que mueren". Con esta reflexión, a los 41 años, nació su vocación de escritor.

Se deslizan nuestras inquietudes junto al pensamiento, expresiones sabias y descripciones hermosas que don Fernando hace a lo largo de sus "memorias de un tolstoiano"...

..."La verdad pasa por nuestra vida como huésped vergonzante de telones teatrales"... quisiera que "el dolor se viese como en un acuario y la vida verdadera de aguas y cristales"... "Todo ese prodigio de amar, esos encantamientos de pensar, dormir y despertar, eso es el milagro de vivir"... Y, cuando analiza su obra: "siento el temor religioso al penetrar en el parque añejo y abandonado de mi existencia"... luego llega al núcleo de su ser: "La boda romántica con esa dama que se llama literatura que califica de prueba de platonismo, idealismo y espíritu aventurero"...

Empieza entonces su sendero por las letras, con amistades como Mariano Latorre y tantos otros que "tienen una sed enorme de conocerlo todo".

Digna Rodríguez Lamas.

Don Fernando Santiván, valdiviano de adopción III parte y final

"El romanticismo literario que se bebe en los libros inflaba el velamen de mi barquichuelo hacia ígnotas regiones de sacrificio y renacimiento".

El conocimiento a fondo de los clásicos españoles fue desplazado poco a poco por la influencia de sus amigos, por la adoración de autores franceses y rusos, tan en boga a principios de siglo. Como un príncipe aparece entonces Tolstoi, cuyos principios tratan de poner en práctica en la colonia de San Bernardo.

El apóstol de Yasnaia Poliana predicaba la belleza de la vida sencilla; la no resistencia al mal; el apostolado entre los campesinos; la necesidad de huir de viciosos placeres de la vida ciudadana. En fin, una reforma austera y un espíritu ascético que cuadraba bien con el idealismo de los 18 años de Santiván, pero no con sus compañeros como Thomson o D'Dalmar, Ortiz de Zárate y otros que sólo querían la reflexión y el arte puro, correspondiéndole a don Fernando el quehacer pesado de las labores de cultivo de la tierra -sin éxito- y las labores domésticas a las que se dedicaba devotamente y resignado.

En suma: "la colonia Tolstoiana -como lo calificaba la crítica, como la de la naciente Revista Zig-Zag: "era un acontecimiento espiritual de reacción contra el practicismo reinante"... En la labor agrícola fracasaron por falta de experiencia, no de voluntad; pero se enriquecieron en conocimientos humanos, tanto entre ellos mismos como de la gente que los rodeaba.

Las reflexiones giraban alrededor de Tolstoi: "El arte no debe ser patrimonio exclusivo de clases privilegiadas por la fortuna, la educación y el refinamiento creado por una vida ociosa"... En su cruzada contra la sensualidad, Tolstoi, dice Santiván, dejó claro que "era enemigo de la lujuria, pero no del amor".

La Colonia Tolstoiana murió, pero don Fernando Santiván pasó a la eternidad literaria de Chile al escribir estas memorias que lo consagraron como escritor junto a sus otras obras que ocupan casi un siglo en las letras chilenas.

Para Valdivia, tierra que eligió para vivir sus últimos 40 años es, pues, un honor haberlo tenido y disfrutado de sus tertulias; haberlo tenido incorporado a nuestra sociedad, instituciones y a nuestro paisaje.

En nuestro cementerio, en su tumba se escribió la leyenda que él quiso: "Aquí yace un obrero de las letras". Gracias por haber sido uno de los nuestros, don Fernando.